

CORAZÓN DE HIERRO

Teutates

Casi todos podemos soportar la adversidad, pero si queréis probar el carácter de un hombre, dadle poder.

Abraham Lincoln

Si gobernáis injustamente y, en lugar de suspirar por la verdadera luz, os fijáis en lo que está sin Dios y lleno de tinieblas, no haréis, sin que pueda ser de otra manera, sino obras de tinieblas, porque no os conoceréis a vosotros mismos.

Platón, *Alcibiades*

Tengo la persuasión de que la respetabilidad del gobernante le viene de la ley y de un recto proceder, y no de trajes ni de aparatos militares propios sólo para los reyes de teatro.

Benito Juárez, *Apuntes para mis hijos*

Agosto acaba de finalizar y el sol aún resulta despiadado en las horas de más intenso calor. Andrea se incorpora echando mano a los doloridos riñones. Mientras descansa brevemente, carga todo el peso de su cuerpo sobre el mango del azadón. Contempla la superficie reseca que tanto le está costando cavar. La tierra se ha compactado mucho durante las últimas semanas. Las plantas crecerán saludables y vigorosas, casi podría asegurarlo. Nada que ver con las de cuatro años atrás, cuando el encharcamiento ocasionado por las abundantes lluvias otoñales asfixió buena parte de las raíces y los hongos, favorecidos por un verano tórrido, acabaron definitivamente con los escasos supervivientes. *Mala cosa, la rabia del garbanzo*, piensa para sus adentros mientras suspira. Sí, la cosecha será buena; el año ha venido poco lluvioso y moderadamente cálido. Ya lo dice el refrán: “al garbanzo, el agua al nacer y al cocer”.

Y sin embargo, igual que cualquier otra planta, si bien poco amigos de los excesos, también los garbanzos necesitan suficiente agua para prosperar. Por eso Andrea procura llevar a cabo la labor con meticulosidad, removiendo la tierra para crear una capa profunda, capaz de almacenar agua en otoño e invierno que servirá de abastecimiento a las plantitas mientras crecen. Así Andrea se afana en arrancar las pocas

malas hierbas que han brotado fingiendo ignorar la sequía y en machacar, hasta obtener una tierra fina y suelta, los terrones en los que el terrero reseco se fragmenta.

Entonces repara en uno insólitamente firme que despierta su natural curiosidad. Ha resistido imperturbable, aparentemente intacto, la arremetida del apero de labranza. Estimulada por esa forma maciza e incitante, la alpargata tantea buscando inocente entretenimiento. Tras horas de fatigoso trabajo, cualquier excusa que permita abandonar unos segundos el tajo parece buena; cualquier menudencia puede convertirse en un entretenido pasatiempo. El puntapié ha sido ligero. Como cabía esperar dada su irregularidad y el poco empeño puesto en la empresa, no rueda. El improvisado balón no se aleja demasiado. No le asombra. Sin embargo su desproporcionado peso sí llama su atención. Está habituada a trabajar el campo desde niña, y sabe bien que esos terrones resecos siempre resultan mucho más ligeros. Pero ese no parece un terrón vulgar. Como si su núcleo no encerrase quebradiza tierra sino duro hierro.

Frunce el ceño y, entornando los ojos, se esfuerza por enfocar más cuidadosamente el objetivo. Entonces, en efecto, comienza a distinguir una figura.

Sus rasgos resultan equilibrados, delicados y atractivos. El rostro es alargado. La nariz, recta y afilada, separa dos enormes ojos almendrados. Sus finos labios esbozan un enigmático gesto que podría interpretarse como una sonrisa. Su cuerpo parece perfectamente proporcionado: estilizado y musculoso a un tiempo. Sin duda no pasa desapercibido.

“Personaje masculino –probablemente un guerrero-sacerdote– representado en el acto de sacrificar un carnero. Habitualmente conocido como «El Sacrificador de Bujalamé». Pieza número 1970/14. Fechado a principios del siglo V a.C. –Cultura Ibérica–. Figura en bronce a la cera perdida encontrada por doña Andrea Sánchez

Fernández el 2 de septiembre de 1962, mientras realizaban tareas agrícolas en la denominada «Explanada de las Torres», perteneciente al actual término municipal de La Puerta de Segura (Jaén)”, lee la muchacha, inadvertidamente, en voz alta.

Esa figurilla ejerce una fascinación evidente sobre ella. Es la primera vez que se le ofrece la oportunidad de hacer prácticas en el Museo Arqueológico Nacional y muchas piezas han llamado su atención; pero ninguna otra parece haberla impresionado tan profundamente como esa, en realidad modesta en comparación con otros tesoros de la colección mucho más populares entre los visitantes, tales como la famosa Dama de Elche o la no menos famosa de Baza.

Se trata de una obra extremadamente delicada y atractiva. Sin duda desprende un encanto especial que depende, en buena medida, del realismo con el que el artesano logró retratar al personaje. A pesar de la relativa esquematización exigida por el modesto tamaño de la figura, de poco más de quince centímetros de altura, el fundidor no renunció a esbozar algunos detalle de su vestuario y, sobre todo, se mostró especialmente hábil a la hora de plasmar el movimiento, de capturar esa fracción de segundo, breve soplo que divide la vida de la muerte, inmortalizando al personaje en plena acción.

El protector de cuero que le resguarda de las rozaduras ocasionadas frecuentemente por el casco resalta aún más la armonía de su despejado rostro, enmarcado por la espesa cascada de rizos que le cubren los hombros. Un ancho cinturón ciñe la corta túnica a su esbelta figura. Es una imagen realmente deliciosa. Y al tiempo ha logrado representar al héroe mítico en todo su masculino esplendor. Las piernas musculosas contrastan con el estilizado cuerpo. La elegancia de su porte y el rito que ejecuta en su faceta sacerdotal para nada disminuyen su virilidad guerrera, sugerida por

la espada de frontón que porta en su costado, una de esas armas cuyos filos – extraordinariamente resistentes– tanto llegarían a elogiar los griegos.

El artista observa embelesado su obra. Se trata de lo más bello que ha concebido y ejecutado desde que dio con sus huesos en esa aldeucha provinciana. Él, que había sido aprendiz del artista más reputado de la floreciente y refinada Focea, que había visitado las más deslumbrantes polis de toda Jonia... Qué lástima. Un prometedor porvenir prematuramente truncado. Remiso como muchos de sus compatriotas a someterse al yugo persa y atraído por la esperanza de un futuro próspero en una tierra pintoresca, seductora y en buena medida aún virgen, que se decía llena de oportunidades, se había dejado engatusar. Decidió probar fortuna, embarcándose en la aventura hacia occidente con otros colonos. Y tras unos cuantos tumbos nada halagüeños, recaló precisamente allí. Nada más llegar, ante las toscas construcciones, dispersas y escasas, descubrió que sólo un incauto da crédito a las leyendas que circulan entre los marinos, chusma fanfarrona y embustera. Sin embargo también tuvo ocasión de constatar que la célebre belleza de las íberas era cierta, e inmediatamente se unió a una de ellas. Ahora, resignado a su suerte, ve cómo tan gran talento agoniza en un agujero ignorado por la verdadera civilización: con mujer y dos hijos, considera su futuro irremediabilmente sellado.

“Llamad al jonio, tengo un trabajo para él”, fue lo único que dijo el rey. El artista recibió el encargo de representar al héroe fundador de la estirpe real en una pieza que pudiese engastarse sobre un bastón, pero se le concedió libertad a la hora de escoger la escena y el tratamiento. Se trata un profesional de técnica depurada y reconocido ingenio; goza de la confianza de su señor. Por otro lado, el arte esclavo inevitablemente produce frutos menos dulces, inmaduros.

El soberano admira la pieza en silencio. La gira entre sus manos, sopesándola y escudriñando cada detalle. De vez en cuando, el duro guerrero pasa delicadamente las yemas de sus dedos sobre las superficies más tersas de la figurilla, disfrutando de su suave tacto.

No lo ha representado –como él habría supuesto– durante la batalla, sino en el acto de sacrificar un carnero.

–¿Qué es eso sobre lo que apoya su pierna izquierda, esas siete líneas onduladas que corren paralelas? –pregunta con vivo interés.

–Se trata de agua, majestad. Es un río. El río que separa esta orilla de aquella otra de la que nunca se regresa. En efecto constituye frontera entre vivos y muertos, pero también se convierte a veces en puerta de acceso al inframundo. Por eso aparece entre esas volutas, que representan al Árbol de la Vida y cuya presencia en la pieza dotan a esta, sin duda, de sacralidad. He pretendido ensalzar el carácter heroico y divino de vuestro antepasado –explica sin poder disimular su orgullo.

Llevado por su creciente entusiasmo, el artista parece a punto de explicar algo más. No obstante se queda con la boca abierta, pensativo por un momento, y finalmente decide ser prudente. No debe revelar ese género de secretos. Naturalmente todos conocen el significado de esas volutas tan comunes en otros trabajos de artesanía egipcia y, sobre todo, en las placas de marfil fenicias cuya belleza él mismo ha tenido ocasión de contemplar en alguna ocasión; pero sólo los iniciados saben que esos símbolos con forma de dobles espirales, que se inspiran en la cornamenta del carnero, en realidad se identificaron en origen con el útero femenino, el útero de la Gran Diosa, de la Diosa Madre, y que por eso pasaron a representar después al Árbol de la Vida, símbolo de fecundidad al tiempo que de la inmortalidad vinculada a la divinidad. O más bien símbolo de su capacidad, negada al hombre, de renacer –como la semilla– de

una aparente muerte para regresar del más allá. Pues esas parejas de volutas representan también, herméticamente, las jambas del temido ingreso en el Hades. No, definitivamente, el rey no necesita tanta información sobre los orígenes del símbolo.

–¿Y esa cabeza que sale del agua? Pareciera de animal –indaga cada vez más intrigado. Resulta evidente que el argumento ha logrado capturar toda su atención.

–Es un lobo. ¿Lo reconocéis ahora? Mirad bien, fijaos en los ojos saltones y las orejas puntiagudas. Y ese morro afilado resulta inconfundible, ¿no os parece? Naturalmente el reducido tamaño me ha obligado a representar sólo los rasgos esenciales, los más característicos.

–No os disculpéis. Ahora que observo mejor, veo que habéis captado a la perfección la verdadera naturaleza de la bestia.

El artista, enardecido, continúa su exposición con redoblada vehemencia.

–Se apresta a beber una ofrenda de sangre, la sangre del carnero degollado que, desde la superficie, transporta el río de los infiernos. –El rey le mira estupefacto–. Naturalmente el lobo no es un lobo de verdad. Quiero decir que no es un lobo cualquiera; no es sencillamente un lobo. Se trata se una epifanía del espíritu del antepasado: su *nefesh*, convertido ya en una divinidad de ultratumba, que se asoma a los límites de su nuevo reino para saciarse con la sangre ofrecida.

Muchas veces ha visto cabezas de lobo, representando al espíritu del ancestro heroizado en el más allá, diestramente pintadas sobre la superficie de las páteras íberas destinadas a los sacrificios funerarios. E incluso sobre alguna que otra urna funeraria. Mientras el artista habla del aspecto lobuno con el que esas gentes que le han acogido entre ellos conciben a la divinidad ctónica y a los espíritus de los muertos, no puede evitar pensar en Cerbero, el guardián de las puertas del Hades, al que también su pueblo de origen da forma canina. Incluso ha oído que los celtas veneran a dioses infernales

lobunos, como un tal Sucellus al que rinden culto los galos. Que, dicho sea de paso, mucho se parece al dios que los romanos llaman Silvano. En cualquier caso el carnívoro representa –qué triste sino– al muerto: condenado a vagar siempre hambriento, a la espera de nuevas ofrendas con las que calmar temporalmente su permanente ansia.

–Sobrecogedoramente audaz –murmura el soberano, tan abstraído que ni siquiera repara en la interrupción.

–Me pedisteis que representase al fundador de vuestra estirpe y eso he hecho, sencillamente –responde el jonio simulando modestia–. Es él, sin duda, en el acto de instaurar el muy justo culto a los antepasados muertos. Pero también es al tiempo, no lo olvidéis, vos. Pues en vuestro cuerpo, como en el de cada uno de vuestros predecesores desde los orígenes, se ha reencarnado el Primer Rey.

El soberano observa cómo la pierna izquierda del guerrero que ofrece el sacrificio queda oculta por el río hasta la altura de la pantorrilla, como si este hubiese empezado a engullirlo. Y eso le desconcierta y le turba. Tiembla imperceptiblemente. El fundador parece conocer mucho sobre los misterios asociados a la otra orilla. Dicen que los artistas poseen una mirada penetrante. Que a menudo han sido tocados por los dioses y estos les han limpiado los ojos: de forma similar a los profetas y los locos, pueden ver más allá que la mayor parte de los mortales. Quizá, en efecto, el jonio sepa algo que él ni siquiera intuye. Por eso precisamente decide no pedir explicaciones sobre ese detalle. Para el hombre, incluso cuando se trata de un rey, resulta preferible no conocer el propio destino antes de tiempo. Si los dioses han trazado ya sus planes respecto a él, lo que haya de ser, será igualmente.

Es un bravo guerrero, no se ha rendido. Ha luchado valerosamente durante muchos años contra la enfermedad. La ha mantenido a raya igual que a los enemigos de

su pueblo. Como experimentado cazador que es, esperaba el momento oportuno; esperaba a que su hijo estuviese preparado. Ahora siente que finalmente ha llegado el momento de recibir la recompensa, de descansar sabiendo que el cetro queda en manos de su sucesor. Él, haciendo honor a sus antepasados, sabrá conducir a su gente.

–Sé justo y misericordioso. Reina con rectitud. El poder que no ennoblece, envilece. No lo olvides nunca. No existen sendas intermedias. A partir de ahora te convertirás en el nuevo Padre del Pueblo. Los protegerás con las armas y serás su guía espiritual. Cumplirás también todas las funciones rituales e intercederás por ellos ante los dioses. Te comportarás como un bravo guerrero y un sacerdote solícito y observante. Los gobernarás con disciplina, pero también con amor. Como haría un verdadero padre. Sólo así te convertirás en un buen rey. Sólo así conseguirás que tu pueblo prospere. Sólo así podrás ser recordado. Que los hijos de los hijos de los hijos de tus hijos sigan libando ofrendas en abundancia sobre tu tumba hasta el fin de los tiempos, hijo mío. Que tu espíritu no conozca nunca la indigencia. Yo estaré siempre contigo. De ahora en adelante me uniré a nuestros antepasados y velaré por ti. Hasta el día en que tú también dejes de ser un simple mortal y te reúnas con nosotros, y entonces velemos todos por tu heredero.

»Ten, lo mandé fabricar al poco de que mi padre partiese para la otra orilla. Tú aún no habías nacido. Es el símbolo de los pilares que sustentan nuestro orden. En él se condensa el principio y el fin. El resumen de nuestra historia. Por él tenemos sentido y a él se lo damos. Con lo que hacemos en vida, y también con aquello en lo que nos convertimos tras la muerte.

El joven, con manos temblorosas ante la visión del objeto que su padre le tiende, avanza hacia el lecho del soberano.

Para ofrecer una mayor movilidad, la ajustada túnica que le cubre hasta la mitad del muslo está dotada de un pliegue frontal. Gira el torso ligeramente hacia la izquierda. La pierna de ese lado se alza en el gesto de avanzar hacia delante. Los brazos, finos pero fibrosos, sujetan firmemente el carnero sacrificial contra su vientre... Cada señal de su proporcionado cuerpo revela la tensión del momento. La mano izquierda fuerza al animal a alzar la cabeza, dejando al descubierto su cuello. La bestia se resiste cuando la *máchaira* abre un corte limpio. Una salpicadura alcanza la túnica de lino del sacrificante, pero inmediatamente es absorbida por la franja púrpura que la remata, con la que se funde y mimetiza.

Apenas la sangre comienza a manar, el carnero se deja seducir por el plácido sopor y se resigna a su suerte. El ritual se ejecuta sobre un altar bajo. El guerrero sujeta al animal cabeza abajo sobre el *bothros* que se abre cuan boca hambrienta en la esquina de la *eschara*. Ni una gota de sangre ha de desperdiciarse. Por ese agujero oscuro descenderá el fluido espeso al inframundo, atravesará el río que sirve de frontera entre vivos y muertos y saciará al espíritu de su padre, que ya nunca más podrá beber vino sino a través de modestas libaciones.

Con ese gesto reproduce el sacrificio que el Primer Rey, el héroe fundador del *oppidum*, antepasado de su estirpe y protector de la misma, cumplió en el comienzo. Al tiempo, con ese gesto, alimenta al alma de su difunto padre.

Con movimientos ágiles descuartiza el animal. La misma hoja curva que ha dado muerte es también capaz de ofrecer la vida; pues ese cuchillo sacrificial, tan estrechamente ligado a la figura del fundador y protector de la aldea, posee carácter mágico. Y para que toda la comunidad se beneficie de él, cada uno de ellos participará del banquete ritual. El carnero de tres años, de buen tamaño, una vez enterradas su

cabeza y patas, reservadas al difunto como exige la ceremonia, será asado sobre las brasas del hogar doméstico y consumido por los asistentes.

En recuerdo de ese sacrificio ofrecido a los espíritus de los antepasados una y otra vez, los morillos rituales se rematan con prótomos de carnero que se convertirán en ofrenda simbólica permanente.

Y así el animal con cuyo sacrificio se honra al héroe fundador, con el que al tiempo se le identifica, parece para renovar la vida en un ciclo infinito. El hogar doméstico, convertido también en hogar ritual, facilita el tránsito y al tiempo el hermético intercambio de mensajes. El rey, encarnación del héroe originario que fue engendrado por una chispa de ese mismo hogar, regresa a su forma primigenia, que todo lo devora y limpia con sus ardientes lenguas. El fuego al fuego vuelve. Y el círculo se cierra.

Con esa ceremonia rinden culto al héroe civilizador, encarnado por el soberano durante un breve espacio de tiempo mortal. Recuerdan al Primer Rey, aquel que instauró las prácticas sacerdotales y dio forma al orden social. Aquel que inventó el arado y las leyes, que les sacó de la barbarie y aseguró la prosperidad. Aquel que fundó la aldea y trajo la cultura. El que, como piedra angular del orden moral, para que todos esos logros no se perdiesen entre las garras de las bestias, estableció el culto a los ancestros y reguló sus ritos, institucionalizando el fuego del hogar y el sacrificio. El que, por amor a ellos, arrinconó temporalmente su naturaleza divina y se hizo hombre, y fue su Rey. Hasta que, una vez muerto en su forma humana, regresó al lugar que legítimamente le correspondía, desde donde recibía orgulloso sus ofrendas. Ese antepasado de la comunidad, fundador de su estirpe, al que él tiene el privilegio de encarnar ahora, en el banquete funerario de su padre, ofreciendo el sacrificio a ese fuego sacro, a ese fuego que se ha mantenido encendido ininterrumpidamente a partir de que

el Primer Padre encendiese por primera vez el altar fundacional con un *foculus* de terracota cuidadosamente transportado desde un origen ignoto que se remonta al principio de los tiempos.

“La tradición nos diferencia de los animales”, le había dicho una vez su padre siendo él niño.

La inquietud se ha ido apoderando de su mente, creciendo en su interior a medida que la enfermedad de su progenitor empeoraba. No se trata sólo de la natural congoja por la inminente pérdida que ya parece inevitable. Le atenaza el miedo. Teme no estar a la altura. Se interroga sobre el verdadero propósito de la realeza, sobre la esencia de la misma. Y se pregunta si de verdad es él el guerrero más cualificado para representarla. En efecto se sabe hijo de su padre, descendiente del linaje que fundase el Primer Rey... ¿Pero acaso, por una vez, no podrían haberse equivocado los dioses? De ser él el verdadero elegido, ¿albergaría tales dudas? ¿Las albergó acaso su padre antes de recibir el mando de manos del suyo? Nunca se atrevió a preguntárselo cuando aún quedaba vida en él. Y ahora ya es tarde para librarse de esa duda. Una duda pertinaz que corroe con la misma perseverancia manifestada por el mal que ha acabado por llevarse a su padre. El viejo sí era digno de esa responsabilidad. Aguantó como un hombre, como un héroe, como un rey durante años. Todo por el bien de su pueblo. En cambio él, ¿qué muestras de valor ha dado hasta el momento? Qué meritos le avalan, si no unas cuantas incursiones de castigo para vengar triviales afrentas de los *oppida* vecinos. Sólo insignificantes hazañas propias de chiquillos.

En los días previos al funeral se revuelve en el lecho. Por las noches apenas logra conciliar el sueño y cuando finalmente cae rendido por el cansancio, terribles pesadillas le atormentan. Se despierta invariablemente sobresaltado, sintiendo un peso

enorme que le oprime el pecho y le impide respirar. A menudo, en la oscuridad, se siente desorientado. Sólo el roce del otro cuerpo le permite volver a la seguridad del hogar, recordar dónde se encuentra y quién es. Pero ¿acaso sabe realmente quién es? Acaricia delicadamente el vientre abultado de su esposa. Ahora, más que nunca, necesita respuestas. Porque ahora más que nunca se amontonan las preguntas. No puede posponer por más tiempo esa ineludible cita consigo mismo. Constituye un deber también hacia su hijo y hacia su gente. Ellos, tanto o más que él, tienen el derecho de saber. Y él tiene la obligación de indagar en su interior no sólo por sí mismo, sino también por ellos. En la soledad buscará la iniciación. Partirá al retiro y solicitará la ayuda de sus antepasados: consultará a los muertos. El aislamiento y el ayuno le harán digno de respuestas.

Busca refugio en una de las cercanas cuevas en las que a veces jugaba de niño. El lugar ofrece serenidad y protección, casi como un vientre materno. Allí, lejos de los otros, se siente seguro; lejos de los demás sus dudas le atormentan menos. Si pudiese huir de sus responsabilidades y pasar la vida escondido... Pero no puede, porque a él, desde el mismo momento de su nacimiento, le ha sido encomendada una tarea.

Inspecciona la caverna con curiosidad infantil, y esa inocencia se ve recompensada. Medio enterrada, cubierta por el polvo y las heces de los murciélagos, descubre una antigua corona, una sencilla cinta de metal muy austera. A juzgar por su aspecto y por el estado en que se encuentra, ha de ser muy antigua. A pesar de esa proverbial buena vista que le ha permitido convertirse en uno de los mejores cazadores de la aldea, al principio le cuesta mucho identificarla como un símbolo regio. Ha perdido el antiguo lustre que sin duda hubo de tener. El óxido ha devorado el pasado esplendor. El tiempo no perdona. Quien la ciñó antaño se creyó eterno. Y sin embargo... Quién lo recuerda ahora. Seguramente aquel soberano, acosado por las

dudas, también se retiró allí para reflexionar, para buscar respuestas. Una corona, incluso una tan austera como esa, pesa demasiado para los hombros de un solo hombre. Él ha tenido tiempo de aprender esa lección durante el largo reinado de su padre. Y los escasos días que han pasado desde su funeral no han hecho más que confirmárselo.

El inesperado regalo se revela un presente envenenado, pues su visión aumenta la zozobra y empeora su melancolía.

Coloca esa reliquia sobre su cabeza y sonríe amargamente. Se siente la más patética y miserable de las criaturas.

“Sólo soy un hombre y tengo miedo. ¿Qué he de hacer?”, suplica humildemente un consejo. Ruega una señal a sus antepasados, ruega que le conduzcan en el sueño. Entonces extiende en el suelo la piel del carnero que hace sólo un par de días sacrificó ante el *bothros* que conecta la superficie con el lugar donde ahora mora el espíritu de su padre. Se tumba sobre ella y se dispone a recibir el sueño oracular, la predicción de futuro que tanto ansía. “Guíame tú, padre”, murmura mientras cierra los ojos e intenta recordar sus lecciones, las frases sabias brindadas con amor y paciencia por ese hombre justo cuando él era aún un niño.

Al poco su respiración acompasada revela que finalmente ha caído en un profundo sueño. El primero realmente profundo en mucho tiempo. Más allá de su leve resuello, en la caverna todo es silencio. Hasta que el soplo que exhalan sus pulmones comienza a fundirse con otro rumor sigiloso pero perceptible. Un susurro que se escucha cada vez más cerca. El sonido de un cuerpo flexible y ágil que se arrastra por el suelo. La serpiente, salida de una oquedad en la pared de la gruta, se aproxima al durmiente. Se coloca junto a su cabeza. Parece observarlo detenidamente unos segundos, como si estuviese sopesando si desvelarle o no los misterios que custodia.

Entonces su lengua comienza a vibrar nerviosa en el aire. Parece susurrarle un mensaje al oído.

En el sueño su padre, de nuevo vivo, desaparece entre las fauces de un imponente lobo. Pero, inexplicablemente, no deja de sonreír mientras es devorado. Él, paralizado por el horror, intenta echar mano de su espada y sólo entonces descubre que se encuentra desarmado. Para cuando logra reaccionar, la bestia ya ha echado a correr, adentrándose en la espesura del bosque. El hábil cazador rastrea sus huellas. Si no puede recuperar a su padre, al menos obtendrá venganza, aunque haya de conquistarla con sus propias manos desnudas. El amor ha vencido al temor: súbitamente comprende que el amor es la única clave contra el miedo. Entonces escucha un ruido tras una mata. Sus puños se crispan y se dispone al ataque, a vencer o morir. Pero, inesperadamente, es un enorme y enfurecido jabalí el que arremete contra él sin darle tiempo a defenderse. Un mortífero colmillo se hunde en su pantorrilla. La bestia, envistiendo con fiereza, levantando al héroe por los aires, hiende la pierna casi hasta alcanzar su ingle. Yace en el suelo malherido mientras el jabalí bebe con voracidad su sangre, que se extiende en un sobrecogedor charco sobre la hierba por momentos más lozana. Pero su festín es interrumpido por el gigantesco lobo, que salta sobre el lomo del contrincante y desgarrar con dientes y uñas. Tras consumir las mejores piezas del animal, su salvador pierde el interés en los despojos porcinos. El lobo se acerca lentamente al guerrero y lame su terrible herida con delicadeza, hasta que esta se cierra milagrosamente sin dejar siquiera cicatriz. Entonces se inclina ante él mostrando respeto y sumisión.

“El cuerpo es sólo una envoltura; un traje que vestimos circunstancialmente. Has de aprender a mirar dentro. Únicamente lo que hay dentro permanece. Sólo eso importa. Ellos confían en ti, no debes defraudarles. Ahora eres su protector. Están en tus manos”, dice el animal con la voz de su padre surgiendo desde sus entrañas.

Parece todo muy confuso. Y al tiempo, reveladoramente claro. Como dictado por una lógica propia de cuya interpretación súbitamente se le hubiese concedido la clave.

Siente que se marea y después ya no recuerda nada más, hasta que recobra el sentido.

“Cada uno de nosotros, antes de ti, tuvimos las mismas dudas. Cada uno de nosotros aprendió a superarlas. Te he mostrado tu sino, hijo mío. Ahora tú debes encontrar el valor para aceptarlo y hacerlo realidad”, se despide el espíritu de su padre antes de reptar de regreso a su morada oscura. Aunque él, desvanecido en la cueva, no puede oírlo.

Se despierta reconfortado. Para entonces no hay ni rastro de la serpiente.

Abandona la caverna liberado del peso enorme que hasta hace poco le oprimía. Cuando sale de nuevo a la luz, el mundo parece radicalmente distinto. El sol está ya alto y todo lo ilumina. Sólo han pasado unas horas desde que se retiró a meditar, y sin embargo se diría otro hombre. Sobre la cabeza lleva aún la deslustrada corona; le ayudará a no olvidar ese día. El óxido ha devorado su antiguo esplendor. El tiempo no perdona. Quien la ciñó se creyó eterno. Y sin embargo... Quién le recuerda ahora. Pero a él no le sucederá lo mismo, porque su linaje implantó y supo preservar el devoto culto a los antepasados, el respeto por los muertos. Los muertos, que velan sobre nosotros.

A medida que avanza, su corazón se siente más ligero y agradecido por pertenecer a un mundo civilizado y respetuoso con los ritos y las tradiciones, con los pilares sin los cuales la sociedad se desmembraría como se desmembraron antes otras aún más poderosas.

Se aproxima al borde del río e introduce las manos en el agua. Observa cómo la corriente arrastra los restos de la sangre reseca con la que amanecieron misteriosamente cubiertas. “Salud, padre”, murmura.

Para cuando llega al poblado sus inquietudes se han disipado por completo. Se siente incluso jovial. En breve nacerá su primer hijo y planea tallarle un pequeño cetro en madera. Aprenderá a educarlo, igual que hizo con él su padre, para que crezca como un hombre recto. Y cuando llegue el tiempo, él también sabrá afrontar sus obligaciones.

Al atravesar las murallas se para un momento junto al *heroon* del Primer Rey. El cráneo descarnado del fundador de la dinastía parece sonreírle satisfecho. Nunca antes su expresión le había resultado tan tierna. Junto al hogar se esparcen los huesos de pequeñas ofrendas. Sobre los bancos corridos, algunos sencillos exvotos, sobre todo de terracota, depositados a cambio de protección, bienestar, salud y prosperidad: pequeños orantes perpetuos, representaciones de reses, algunas partes del cuerpo y figuritas de neonatos regordetes. La visión de tantas aspiraciones sencillas, los sueños de su gente, le conmueve. Entonces, instintivamente, se lleva la mano al pecho, al cordón del que cuelgan diversos amuletos, entre los que encuentra uno nuevo: un enorme colmillo de jabalí manchado de púrpura. Lo separa del resto y lo deposita sobre el banco, junto a los demás exvotos, como prueba de su compromiso.

La voz de la directora saca abruptamente a la becaria de su ensimismamiento: “Una pieza preciosa, ¿verdad? Sigue siendo todo un enigma. Naturalmente reproduce una escena cultural y, al tiempo, probablemente mitológica, como sugieren las volutas que representan el Árbol de la Vida; pero no podemos asegurar con certeza cuál fue su función. ¿El mango de un puñal votivo? ¿Una cabeza de asador? Puede que incluso se trate del remate de un *signum equitum*, una insignia gentilicia vinculada a un personaje

de la realeza local. Algo así como los Penates que según Timeo se guardaban en la parte más oculta del templo de Lavinium, y que él describe como caduceos de hierro y bronce que habrían sido aportados por el héroe fundador Eneas ¿Quién puede asegurarlo? La historia permanece llena de misterios. De huecos en el tiempo que nosotros nos obstinamos en rellenar con nuestra imaginación e ingenio. Resulta una tarea fatigosa, como intentar recomponer un puzzle del que se hubiesen perdido buena parte de las piezas. Hay tramos que encajan y otros... sólo se sostienen precariamente. A veces es cuestión de paciencia: antes o después, las piezas faltantes acaban apareciendo. Otras, sencillamente, de resignación sin más. Un buen profesional también debe saber perder. Esta disciplina ofrece maravillosas lecciones de humildad. Claro que eso sólo se aprende con los años. Los jóvenes soléis revelaros extraordinariamente –sopesando cuidadosamente el adjetivo–... tenaces”.

Siempre tolerante y prudente en sus declaraciones, se abstiene de mencionar la arrogancia o la tozudez, a pesar de haberlas experimentado en sus propias carnes a la edad que tiene la muchacha ahora. Sencillamente es demasiado pronto para que pueda entender. Pero no hay cuidado: el tiempo, ya se sabe, pone todo en su sitio.

Nota

Se recomienda la lectura de fuentes relativas a la interpretación de la pieza denominada “El Sacrificador de Bujalamé” –conservada en el Museo Arqueológico Nacional–, así como de algunas vinculadas al culto a los muertos íbero y su representación del más allá, entre las cuales cabe proponer las siguientes monografías y artículos –la mayoría disponibles también en Internet–:

ALFAYÉ VILLA, SILVIA MARÍA, “Rituales relacionados con murallas en el ámbito celtibérico”, *Palaeohispánica: Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 7, 2007, 9-41.

ALMAGRO GORBEA, MARTÍN, “El culto al Héros Ktístes en Hispania prerromana: ensayo de mitología comparada”, *Veingt ans après Georges Dumézil (1898-1986). Mythologie comparée indo-européenne et idéologie trifonctionnelle: bilans, perspectives et nouveaux domaines. VIe Colloque International d’Anthropologie du Monde Indo-Européen et de Mythologie Comparée. Casa de Velázquez, Madrid, 27–28 novembre 2006*, ed. de Marco Virgilio García Quintela y François Delpech, Madrid/Budapest: Archaeolingua-Casa de Velázquez, 2009, 227-250.

ALMAGRO GORBEA, MARTÍN y ALBERTO JOSÉ LORRIO ALVARADO, “El Heros Ktístes y los símbolos de poder de la Hispania prerromana”, *VI Simposio sobre celtiberos: Ritos y Mitos*, ed. de Francisco Burillo, Zaragoza: Fundación Segeda - Centro Celtibérico, 2010, 157-181.

ALMAGRO GORBEA, MARTÍN, “Ritos y cultos funerarios en el mundo ibérico”, *Anales de prehistoria y arqueología*, 9-10, 1993-1994, 107-134.

ALMAGRO GORBEA, MARTÍN y ALBERTO JOSÉ LORRIO ALVARADO, *Teutates: el héroe fundador y el culto heroico al antepasado en Hispania y en la Keltiké*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 36, Madrid: Real Academia de la Historia, 2011.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, JOSÉ MARÍA, “Nuevas aportaciones a la religiosidad ibérica”, *Lucentum*, 19-20, 2000-2001, 149-182.

PÉREZ ALMOGUERA, JOSÉ ARTURO, “El lobo y el jabalí en el mundo religioso ilergete: el testimonio de una cerámica impresa”, *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 28, 251-260.